



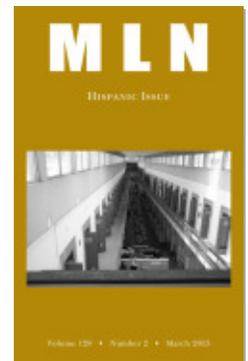
PROJECT MUSE®

Canon, hispanismo y literatura colonial: El Inca Garcilaso en el proyecto de historia literaria de Marcelino Menéndez Pelayo

Enrique E. Cortez

MLN, Volume 128, Number 2, March 2013 (Hispanic Issue), pp. 277-297
(Article)

Published by The Johns Hopkins University Press
DOI: [10.1353/mln.2013.0025](https://doi.org/10.1353/mln.2013.0025)



➔ For additional information about this article

<http://muse.jhu.edu/journals/mln/summary/v128/128.2.cortez.html>

Canon, hispanismo y literatura colonial: El Inca Garcilaso en el proyecto de historia literaria de Marcelino Menéndez Pelayo



Enrique E. Cortez

La “reconquista espiritual” de América no fue una actividad abstracta para Marcelino Menéndez Pelayo. Al contrario, el historiador de la literatura española definió su profesión hispanista a través de una práctica de apropiación del repertorio literario americano, en la cual el tratamiento de la obra del Inca Garcilaso es un ejemplo privilegiado. Este ejercicio de anexión de autores americanos a la matriz peninsular, obtiene legibilidad como parte de una narrativa histórica de la disciplina literaria que destaca valores como la lealtad idiomática y la filiación religiosa. El trabajo de afiliación de Menéndez Pelayo, expresado de manera contundente en los cuatro tomos de su *Antología de los poetas hispano-americanos*, en varios casos logró llenar el vacío que no pocas repúblicas americanas exhibían en materia de historiografía literaria. A partir de las selecciones por países de la *Antología* se construyeron algunas de las futuras historias literarias americanas, sea como discusión de sus criterios, como una ampliación del repertorio canónico que la *Antología* comprendía, o como el acatamiento de la autoridad cultural de Menéndez Pelayo y sus selecciones, las cuales apuntaban a consolidar un archivo colonial como parte fundante de esas nuevas literaturas nacionales.¹ Esta idea de lo colonial se plantea

¹Sigo en este trabajo la definición de archivo de Roberto González Echevarría, quien atento a lo apuntado por Michael Foucault, destaca su carácter político y prescriptivo.

en su obra como la necesidad del encuentro con una tradición y civilización de origen clásico-grecolatino, que las independencias habían rechazado al combatir el lazo político con España. En la práctica, tal idea de tradición permitirá a la políticamente decadente Madre Patria, asumir un prestigio rector en lo cultural sobre la América independiente. En consecuencia, lo fundamental de la *Antología* radica menos en el eje de las selecciones como en la ideología que organizaba la jerarquización entre los autores “nacionales” de los nuevos países americanos, valorados por su continuidad con España. Tal es el caso de la evaluación de la obra del Inca Garcilaso, que Menéndez Pelayo ejecuta en el segundo tomo de la *Antología*, como un ejemplo rotundo de hasta qué punto la literatura del Perú incluía de manera esencial a la época colonial. En este artículo se argumenta que la llamada literatura colonial plantea dos ámbitos en el proyecto de Menéndez Pelayo. El primero tiene que ver con la creación de literaturas nacionales, y en esa dirección se examinará la importancia del Inca Garcilaso para la peruana; el segundo con la redefinición de la literatura española por parte de Menéndez Pelayo, quien en su ejercicio de anexión de la América castellana terminó exhibiendo las carencias y necesidades del canon español.

La colonia y las literaturas nacionales

El proyecto de la *Antología* que Menéndez Pelayo recibe por encargo de la Real Academia de la Lengua Española, aparece entre 1893 y 1895, un momento de incipientes instituciones académicas en los nuevos países americanos. Si bien no es el caso de Chile, Argentina o Colombia, que desde mediados del siglo diecinueve venían trabajando en la construcción de tradiciones literarias nacionales e, incluso, el caso de México es aun más temprano, esta no fue la norma para los demás países independizados donde la *Antología* representó el primer esfuerzo para historiar lo literario. Al respecto, Guillermo Lohman Villena en la década de 1950 fue enfático: “[Menéndez

Sin embargo, lo importante de la elaboración de González Echevarría se encuentra en su aplicación del concepto al espacio latinoamericano, historizando la noción de archivo como una herramienta imperial y de colonización, que se caracteriza por establecer jerarquías dentro del repertorio textual de la época colonial (29). Esta consolidación del archivo, que sería para González Echevarría un logro de la novela latinoamericana, tiene desde mi perspectiva un inicio menos estudiado: las historias de William H. Prescott. Sobre Prescott como organizador del archivo hispanoamericano es fundamental “The Canonizer De-Canonized: The Case of William H. Prescott” de John Eipper.

Pelayo] ofrendó el primer esbozo de la historia de las literaturas nacionales, que en muchos casos, hoy a medio siglo vencido, sigue siendo texto indeficiente” (121). El caso del Perú es paradigmático, dado que la primera historia literaria, *Carácter de la literatura del Perú independiente* de José de la Riva-Agüero, la cual se publicó en 1905, es en muchos sentidos una reacción, pero también un acatamiento, a la sección dedicada a este país por Menéndez Pelayo en su *Antología*. Lo que sí vale por igual para todos los países latinoamericanos es el énfasis que Menéndez Pelayo puso en su *Antología* en la recuperación de la producción colonial como parte central del contenido de sus historias literarias. Esta recuperación no es sólo heurística y de investigación de archivo; para Fernando Degiovanni parte de la estrategia de redistribución del capital simbólico español de Menéndez Pelayo consistió en ceder textos que hasta entonces habían sido exclusividad de la literatura española como la *Araucana* y el *Arauco domado*, los cuales se convirtieron en parte esencial de las literaturas americanas (58–59).² De esta forma, Degiovanni agrega que la *Antología* postula a la literatura colonial como una “correa de transmisión destinada a confirmar el vínculo permanente entre metrópolis y colonia” (58).

Uno de los énfasis que exhibe la *Antología* es un cuidadoso sistema para valorizar los textos incluidos. No sólo importaba el valor, digamos técnico de la versificación, que en Menéndez Pelayo refería a la destreza clasicista que los poetas podían exhibir en términos formales; además de ello, el filólogo esperaba encontrar un componente americano, que en su perspectiva significaba la presencia de la naturaleza en los textos, como una suerte de exaltación del Nuevo Mundo que ya los primeros textos de la Conquista habían expresado sobre el espacio americano: “lo más original de la poesía americana es, en primer lugar, la poesía descriptiva, y, en segundo lugar, la poesía política” (*Historia de la poesía* I:16).³ Sin embargo, esta originalidad no debía buscarse en las lenguas indígenas, ni en los temas indígenas

²En el caso de lo argentino, el efecto de la *Antología* se expresa de tres maneras: 1) en la incorporación de lo colonial como periodo fundador; 2) el desplazamiento de la literatura de la emancipación de ese lugar fundacional; y 3) en la celebración de la gauchesca como una expresión mestiza (Degiovanni 58). El mestizaje de la gauchesca que destaca Menéndez Pelayo es una celebración de los valores españoles presentes en ese género. Este tratamiento es similar a la manera en que se concibe el mestizaje del Inca.

³La *Historia de la poesía hispano-americana* reúne las introducciones de los cuatro tomos de la *Antología de poetas hispano-americanos*, publicados por la Real Academia de la Lengua Española entre 1893 y 1895. En el único caso que mantendré las citas tanto de la *Historia de la poesía* como de la *Antología* es cuando Menéndez Pelayo se refiera al Inca Garcilaso, dado que ambos textos ofrecen diferencias importantes para mi análisis. Para los demás casos cito los juicios de Menéndez Pelayo reformulados para el texto de 1911.

desarrollados por la poesía castellana, porque “sea cual fuere la antigüedad y el valor de los pocos y oscuros fragmentos literarios que de esas lenguas primitivas quedan . . . su influencia en la poesía española de América ha sido tan escasa, ó más bien nula . . . que la historia de esa poesía puede hacerse en su integridad prescindiendo de tales supuestos orígenes” (*Historia de la poesía* I:15). La poesía americana que interesa a Menéndez Pelayo como objeto de antología será, lo dirá muy claramente, “la que llevaron a América los colonos españoles y conservan sus descendientes” (*Historia de la poesía* I:15). Lo original de la poesía americana, en consecuencia, no serán “las opacas, incoherentes y misteriosas tradiciones de gentes bárbaras ó degeneradas [los indígenas],” sino “ha de buscarse en la contemplación de las maravillas del nuevo mundo, en los elementos propios del paisaje, en la modificación de la raza por el medio ambiente, y en la enérgica vida que engendraron, primero el esfuerzo de la colonización y de la conquista, luego la guerra de separación, y finalmente las discordias civiles” (*Historia de la poesía* I:16).⁴ Lo mejor del americanismo surge así de una fusión entre la representación del paisaje y las contradicciones de los eventos políticos, sean las guerras civiles entre conquistadores o las de independencia entre criollos y españoles. A ello se suma un criterio clasicista de la forma y una valorización positiva si el texto poético conseguía explorar los temas de la religión católica:

La literatura americana es literatura colonial, literatura de criollos; no es obra de indios ni de descendientes de indios; si alguno ha habido, y si alguno hay á la hora presente . . . que tenga ese origen más o menos puro, la educación y la lengua le han españolizado y le han hecho entrar en el orden espiritual de las sociedades europeas. Nadie piensa ni puede pensar como indio entre los que manejan la pluma y han recibido una educación liberal, cuyos principios esenciales son los mismos en todas las naciones que forman la gran confederación moral que llamamos *Cristiandad*. (*Historia de la poesía* I: 124; énfasis del autor)

La cita anterior parecería pensada explícitamente para la obra del Inca Garcilaso, quien cumple en su obra con los criterios del americanismo a la Menéndez Pelayo: a saber, atención al paisaje, temática política

⁴En esta dirección resulta ejemplar la manera en que trata la inclusión de palabras indígenas en la poesía mexicana. Dice del *El peregrino indiano* de Antonio de Saavedra Guzmán: “Es verosímil que poseyese Saavedra alguna de las lenguas indígenas; pero tal conocimiento no le sirvió para dar color local a la narración, sino para rellenarla de nombres estrafalarios, que acrecientan la dureza é insonoridad de sus octavas” (*Historia de la poesía* I, 44).

y un manejo bastante efectivo de la retórica del Renacimiento. En términos biográficos, su condición india no tiene importancia para el historiador, porque su educación tanto clásica como católica lo había españolizado por completo, permitiéndole su entrada, como destaca la cita, “en el orden espiritual de las sociedades europeas.” Y si bien es cierto que sus textos no tenían lugar en una antología poética, también es cierto que las introducciones de Menéndez Pelayo trataban menos de ser una historia de la poesía que una historia de la literatura de las colonias en general. De esta manera, la evaluación de la obra del Inca aparece como un momento de contrapunto para la escasa y mediocre producción poética del siglo XVI peruano, que a diferencia de México o Chile, no tenía entre sus letras nada comparable a la *Grandeza Mexicana* o la *Araucana*: “No puede decirse, sin embargo, que, aún siendo escaso, sea nulo el caudal literario del Perú en el primer siglo de la colonia. Es verdad que no produjo ningún poeta, pero sí un prosista de primer orden, nacido en el Cuzco en 1540, y no criollo, sino mestizo” (*Antología* CLXI). Este énfasis en el mestizaje del Inca es muy significativo, porque a partir de esta precisión biográfica Menéndez Pelayo intentará rescatar a la obra de Garcilaso de la descalificación de su autoridad histórica que décadas antes había circulado William H. Prescott en su *History of the Conquest of Peru*. Al mismo tiempo, la obra del Inca le permitirá establecer un final decoroso para la literatura peruana del siglo dieciséis.

Si en la *Historia de las ideas estéticas* Menéndez Pelayo había discutido la valorización de George Ticknor sobre la traducción del Inca de la obra de León Hebreo (14), las páginas de la *Antología* son una actualización e, incluso, un perfeccionamiento de la lectura de Prescott. En primer lugar, Menéndez Pelayo propondrá una clasificación clara que enfrenta la ambivalencia con que Prescott había tratado a la obra del Inca. Para Menéndez Pelayo no habrá puntos medios. A diferencia de Prescott, para quien la narración biográfica sobre el Inca era necesaria para establecer el punto de vista de su obra, Menéndez Pelayo pasará rápidamente por ese aspecto para situar su evaluación en la observación de los textos. Sin embargo, la dimensión biográfica no escapa del todo de la crítica del español. Algo que Menéndez Pelayo retendrá de la biografía del Inca es una referencia al mestizaje que va hacia lo hispánico, mientras tal referencia en Prescott se dirigía hacia lo indígena.

Para Prescott el énfasis en la biografía le permitió identificar, si es posible decirlo así, incoherencias disciplinarias, revelando que el Inca era un hombre de letras para quien su vocación por la historia, la

literatura y la filosofía no excluía a ninguna de estas futuras disciplinas académicas. Al referirse a la inscripción de su tumba en Córdoba, por ejemplo, Prescott indica que tal epitafio: “was placed in his monument, intimating the high respect in which the historian was held both for his moral work and his literary attainments” (294). Al hablar de Córdoba, un espacio signado como un *locus amoenus*, fundamental para la actividad intelectual y la escritura, Prescott afirma: “Here our philosopher occupied himself with literary labors, the more sweet and soothing to his wounded spirit, that they tended to illustrate the faded glories of his native land, and exhibit them in their primitive splendor to the eyes of his adopted countrymen” (294). Esta oscilación entre la historia, la literatura y la filosofía, que se perfilan en la narración biográfica de Prescott, abrió la posibilidad de reclasificar la obra del Inca que hasta entonces sólo había sido entendida como histórica. Pero si Menéndez Pelayo estaba interesado en la clasificación disciplinaria, para Prescott, un hombre de letras también, tal vocación paralela e incluyente por lo que actualmente se entiende como disciplinas distintas era signo de un intelectual más completo. De este modo, Prescott no avanzó la reclasificación disciplinaria del Inca pero lo dejó en una posición ambivalente debido a su calidad fabuladora, que se explicaba por su condición indígena, y el carácter oscilante de su obra, entre literatura e historia.

La evaluación de Menéndez Pelayo, en cambio, establecerá desde el inicio diferencias, valores y una clasificación sobre el género literario correspondiente. Después de haber determinado la calidad fundadora de la traducción de los *Diálogos de amor*, el historiador español se ocupa de manera general de sus otras obras: “La celebridad de Garcilaso,” dice, “como uno de los más amenos y floridos narradores que en nuestra lengua pueden encontrarse, se funda en sus obras historiales, que mejor calificadas estarían de novelas históricas ó historias anoveladas” (*Antología* CLXII). Tal clasificación, que deja de lado la dimensión histórica del Inca, tiene un carácter positivo. El Inca es uno de los más amenos y floridos narradores de la lengua, una calificación que ofrece otra existencia disciplinaria para la obra del Inca, dado que en la historia según Menéndez Pelayo ya no hay lugar para Garcilaso: “La autoridad histórica del Inca Garcilaso anda ahora por los suelos, y casi ningún escritor serio se atreve á hacer caudal de ella” (*Antología* CLXII). Por supuesto, Menéndez Pelayo también se incluye en esa seriedad, por lo cual afirma que aún en los temas de la conquista y las guerras civiles, donde el Inca fue testigo de vista, “es cronista poco abonado, porque escribió, no á raíz de

los sucesos, sino entrado ya el siglo diecisiete, y dejándose guiar de vagos recuerdos, de relaciones interesadas, de anécdotas soldadescas y de un desenfrenado amor á todo lo extraordinario y maravilloso" (*Antología* CLXII). En este punto, para probar su propuesta de que el Inca Garcilaso en realidad es un novelista histórico, Menéndez Pelayo pasa por alto, precisamente esos momentos en que Prescott, quien por cierto tenía más autoridad para la historia que el español, rescata todavía el valor histórico de la obra del Inca, aquella referida a su infancia, en la que resaltan las condiciones excepcionales de la biografía del mestizo, como su calidad de testigo privilegiado de las guerras civiles entre los bandos en conflicto de los conquistadores.

Pero incluso en un libro como los *Comentarios reales*, Prescott considera que el Inca Garcilaso retiene algo de valor histórico al enfatizarle su condición biográfica indígena. Para Prescott, tal condición indígena le permitió ser testigo de algunas ceremonias nativas todavía vigentes en su niñez y juventud, acaso comprender los quipus y, fundamentalmente, ser competente en la lengua incaica "to an extent that no person could have possessed . . . speaking the same language, and with the same Indian blood flowing in his veins . . ." (295). En consecuencia, Prescott concluirá que "the difference between reading his *Commentaries* and the accounts of European writers is the difference that exists between reading a work in the original and in a bald translation. Garcilasso's writings are an emanation from the Indian mind" (296). Para Menéndez Pelayo, en cambio, los *Comentarios* son la obra literaria por excelencia del Inca. Un libro lleno de fantasía, "el más auténticamente americano que en tiempo alguno se ha escrito, y quizá el único en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas" (*Antología* CLXIII). Para tal aseveración, Menéndez Pelayo se apoyará en el propio Prescott a quien cita de la siguiente forma: "Prescott ha dicho con razón que los escritos de Garcilaso son una emanación del espíritu indio 'an emanation from the indian mind'" (*Antología* CLXIII). Ahora bien, la calidad de "an emanation from the indian mind" tiene en Prescott por lo menos dos direcciones. En primer lugar, se plantea como prueba de una autoridad histórica disminuida, pero autoridad al fin, que mantenía aún a los *Comentarios* dentro del terreno de la historia. En segundo lugar, precisamente esa condición indígena era también la puerta que dirigía a la obra de Garcilaso al campo de la literatura. Es decir, bajo los signos de la paradoja, para Prescott la condición biográfica del Inca era su valor y su límite. Por un lado autorizaba a su texto como histórico, mientras que, por el otro, relativizaba ese valor histórico

al caracterizar a la psicología indígena como irracional, a través de referencias a la credulidad, la fabulación y la superstición “natural” de los indios. Desde una perspectiva de lo ficcional tales condiciones parecen inmejorables para un autor literario.

Interesado sólo en la mitad del argumento de Prescott, Menéndez Pelayo explorará al máximo la tropología de la psicología indígena, pero estableciendo una suerte de comprensión doble para la obra del Inca. Si por un lado, quizá entendiéndolo en términos del contenido, el filólogo español acepta que la obra del Inca es una “emanation from the indian mind,” por el otro, en términos formales, Menéndez Pelayo resalta la condición mestiza del Inca, un mestizaje que es una afirmación de la formación clásica y española del Inca. Que los escritos de Garcilaso sean una “emanation from the indian mind,” debe entenderse, dice Menéndez Pelayo,

con su cuenta y razón, ó más bien ha de completarse, advirtiendo que aunque la sangre de su madre, que era prima de Atahualpa (si hemos de creerle), hirviese tan alborotadamente en sus venas, él, al fin, no era indio de raza pura, y era además, neófito cristiano y hombre de cultura clásica, por lo cual las tradiciones indígenas y los cuentos de su madre tenían que experimentar una rara transformación al pasar por su mente semibarbara, semieducada. (*Antología* CLXIII)

En otras palabras, el argumento de Menéndez Pelayo sostiene que entre lo indígena y lo mestizo, prevalece la condición mestiza de Garcilaso, la misma que se expresa en su formación clásica y su catolicismo. De allí que sus *Comentarios* puedan ser considerados lo más genuinamente americano, si se entiende que el americanismo para Menéndez Pelayo era lo “que llevaron a América los colonos españoles y conservan sus descendientes” (*Historia de la poesía* I:15). No lo indígena ni sus emanaciones, sino “la modificación de la raza por el medio ambiente, y. . . la enérgica vida que engendraron . . . el esfuerzo de la colonización y de la conquista” (*Historia de la poesía* I:16). Para Menéndez Pelayo, en consecuencia, lo genuinamente americano radica en lo que él denomina una “rara transformación” de las tradiciones indígenas y los cuentos maternos del Inca en su traducción al código castellano y renacentista.

Algo que también deja de lado la argumentación de Menéndez Pelayo es la consideración, propuesta por Prescott, de que el catolicismo del Inca era igualmente una fuente que alimentaba su fantasía e irracionalismo. Para Prescott, el fanatismo religioso español definía la cultura ibérica, pero a la vez explicaba su fracaso como imperio y sociedad (Kagan 253–54). Menéndez Pelayo, al contrario, destaca la

condición de neófito católico del Inca para argumentar su hispanidad, indicando una suerte de freno racional a sus delirios indígenas. Tal representación de la psicología mestiza del Inca argumenta la existencia de un sujeto dividido que no es ni bárbaro ni civilizado, ni ignorante ni completamente educado. Se trata de una noción del mestizaje como un estado mental en conflicto, entre un yo racional, católico y renacentista, y otro lado inconsciente, marcado por la credulidad, la superstición y la imaginación indígena. Al respecto, dice Menéndez Pelayo: "Así se formó en el espíritu de Garcilaso lo que pudiéramos llamar la novela peruana ó la leyenda incásica, que ciertamente otros habían comenzado á inventar, pero que sólo en sus manos recibió forma definitiva, logrando engañar á la posteridad porque había empezado por engañarse á sí mismo, poniendo en el libro toda su alma crédula y supersticiosa" (*Antología* CLXIII). La manera en que Menéndez Pelayo sostiene el engaño del Inca no será argumentada en ninguna parte de su texto, pero se entiende que apunta a un discurso de la historia que había desautorizado como fuente de verdad a la obra del Inca. Pero el Inca que se engaña a sí mismo, para Menéndez Pelayo como una traición de su inconsciente mestizo, había también logrado engañar a muchos más durante casi tres siglos, especialmente a los franceses enciclopedistas, quienes habían encontrado en su obra, una fuente que daba realidad a las utopías de origen renacentista de Thomas More, Tommaso Campanella y James Harrington. Por tal razón, Menéndez Pelayo reclasificará a los *Comentarios* como novela utópica, culminando ese trayecto entre historia y literatura que había iniciado la obra de Prescott:

Los *Comentarios reales* no son texto histórico; son una novela utópica como la de Tomas Moro, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington; el sueño de un imperio patriarcal regido con riendas de seda, de un siglo de oro gobernado por una especie de teocracia filosófica. Garcilaso hizo aceptar estos sueños por el mismo tono de candor con que los narraba y la sinceridad con que acaso los creía, y á él somos deudores de aquella ilusión filantrópica que en el siglo XVIII dictaba a Voltaire la *Alzira* y á Marmontel su fastidiosísima novela de *Los Incas* . . . Para lograr tan persistente efecto se necesita una fuerza de imaginación muy superior á la vulgar, y es cierto que el Inca la tenía tan poderosa como deficiente era su discernimiento crítico. (*Antología* CLXIII y CLXIV).

Recuperar a la figura del Inca para la literatura peruana del siglo dieciséis era problemático y hasta un peligro para un discurso del orgullo español. Ello explica el énfasis de Menéndez Pelayo de una supuesta contradicción entre imaginación y discernimiento crítico, entre el lado

indígena del Inca y su lado español. Tal condición biográfica descalificaba de lleno al Inca para la historia, pero paradójicamente lo convertía en un excelente fabulador, un novelista estupendo que había podido engañar no sólo a lo más importante de la inteligencia del siglo XVIII; el Inca Garcilaso se había incluso engañado a sí mismo. Leída como historia, la obra de Garcilaso había dado lugar a un discurso foráneo antiespañol, alimentando “aquella ilusión filantrópica” del Siglo de las Luces, fuente ideológica de las futuras independencias americanas (Zavala 221–22). El hecho de que los *Comentarios* hayan sido fuente también del nacionalismo inca y central en la rebelión indígena de Túpac Amaru II, la más importante del periodo colonial en el Perú, es un detalle que no debe haber escapado de la argumentación de Menéndez Pelayo.⁵ De allí que con mayor razón el destino de la obra del Inca sólo podía ser literario.

El hispanismo y la literatura española

Si el gran aporte de Menéndez Pelayo a las futuras literaturas nacionales latinoamericanas fue la incorporación de la producción literaria colonial, reconstruyendo una suerte de corpus antes de él ausente, disperso, parcial o asistemático, dependiendo del país; el significado de todo ese corpus para la propia literatura española tenía una dimensión más política. En “Hispanismo y guerra,” Arcadio Díaz Quiñones ha analizado las pretensiones monumentales de constituir una historia oficial, por parte de Menéndez Pelayo, definida como una religión del hispanismo y en la cual “resuenan ecos de discursos ‘poscoloniales’ de exaltación de la ‘raza latina’” (123). La obra del filólogo español, dice Díaz Quiñones, nos sitúa en el comienzo del hispanismo como la posibilidad de un nuevo comienzo imperial para España, silenciando momentos inconvenientes como la Conquista o el aniquilamiento de la población indígena. Al mismo tiempo, la historia de Menéndez Pelayo se debe entender como la continuación de la guerra, en un plano simbólico, de España contra sus antiguas

⁵Para la recepción europea del Inca en el siglo dieciocho, *Incas Ilustrados* de Fernanda Macchi es lo más completo y reciente. En el caso específico de los usos ideológicos de los *Comentarios* durante la rebelión de Túpac Amaru II, sigue siendo sugestivo el clásico artículo de John Rowe “El movimiento nacional inca del siglo XVIII,” así como los desarrollos posteriores de Alberto Flores Galindo en *Túpac Amaru y la sublevación de 1870* y en *Buscando un Inca*. Sobre la lectura de los criollos independentistas, Jesús Díaz Caballero ofrece un panorama bastante completo en su artículo “Nación y Patria: las lecturas de los *Comentarios reales* y el patriotismo criollo emancipador.”

colonias, pero también contra los Estados Unidos: “El objetivo de Menéndez Pelayo era restaurar el lugar central de la ‘madre patria’ no sólo frente a las independencias, sino frente al poder norteamericano” (77). Esta restauración, que destaca por su dimensión política, tenía asimismo una dimensión histórica para el filólogo español. Como ha explicado Lohman Villena, Menéndez Pelayo estaba convencido de que la comprensión de la evolución histórica de España sólo podía estar completa si esta integraba al archivo americano (78). De allí que todos sus esfuerzos al analizar lo americano estén dirigidos a establecer líneas de continuidad entre España y América.

La estrategia desarrollada en la *Antología* para restaurar ese lugar central de la Madre Patria, está en la presentación de una heterogeneidad americana, dado que la *Antología* se divide por países y literaturas nacionales, proyectando la imagen, como precisa Guzmán Moncada, “de una América desintegrada social y culturalmente, apoyada solo en la contigüidad geográfica y no en la observación de sus proyectos históricos, sean estos comunes o distintos” (115). Desde la perspectiva de Menéndez Pelayo, no hay historia sin referencia a España; la hispanidad era el sustento y raíz de la vida cultural, el lugar de la tradición (Lohmann Villena 56). La nueva situación política de los países americanos aparece de esta forma sólo como una condición oportuna para la clasificación geográfica. En consecuencia, la unidad de la heterogeneidad americana, provista por la clasificación geográfica, sólo será posible a través de la idea de unidad hispánica “que hace de la lengua su fundamental punto de apoyo y referencia” (Guzmán Moncada 115). Por supuesto, este hispanoamericanismo fue igualmente un intento de contrarrestar tanto al muy en boga latinoamericanismo francés como al creciente panamericanismo norteamericano, constituyéndose para España como “un medio de recuperar peso político internacional, impulsando la influencia y las relaciones con unos países de gran potencial, que vivían una etapa de relativa estabilidad y progreso, consecuencia de su inserción dependiente a la economía mundial” (García Morales 45).

Sin embargo, al lado de esta dimensión política del proyecto de Menéndez Pelayo, por cierto bastante estudiada por la crítica, me interesa argumentar que el hispanismo era importante también para Menéndez Pelayo desde una perspectiva de la propia historia literaria española. Esto es evidente si pensamos que a través de la noción de unidad hispánica, Menéndez Pelayo logró sostener su idea de una literatura española como literatura clásica, porque toda literatura clásica es imperial y se define por la expansión territorial y temporal. Al mismo tiempo, gracias a esa misma noción de unidad hispánica,

Menéndez Pelayo incorporó al canon español autores que tenían un estatus ambiguo o que no habían sido estudiados como autores españoles. Veamos estos dos puntos.

En las “Advertencias generales” de su *Antología* Menéndez Pelayo elabora un argumento, del cual la misma obra servirá como prueba: la idea que toda lengua clásica es imperial. Con referencias que hacen eco a las ideas de Antonio de Nebrija sobre la lengua compañera del imperio (García Morales 56; Degiovanni 56), Menéndez Pelayo recuerda que “[d]ondequiera que las colonias griegas llegaron, llegó su lengua, y la ciudad jónica o doria, al trasplantarse, conservó su cultura” (*Historia de la poesía* I:11).⁶ La comparación con el imperialismo griego no es gratuito: además de servir como un ejemplo de un típico comportamiento imperial, Grecia, más que un punto de comparación con España, es la piedra fundadora a partir de la cual despinata una genealogía. Identificada en términos estéticos como lo clásico, esta genealogía se identifica como un desarrollo del espíritu imperial que tendrá un momento de refinamiento en Roma y el latín, lengua a través de la cual se asciende sin interrupciones “desde los cronistas bizantinos hasta los Padres de la Iglesia y los filósofos alejandrinos; y desde éstos hasta los moralistas, historiadores y polígrafos de la época romana” (*Historia de la poesía* I:11). De esta forma, la lengua latina recoge tanto la herencia espiritual del helenismo, pero también del cristianismo, lo cual sumado a los propios valores de la cultura romana, se plantean como un perfeccionamiento de la noción de clásico. Desde este punto de vista, para Menéndez Pelayo la conexión con España es natural, porque obedece a la providencia divina. La lengua latina, dice, fue “llamada por Dios providencialmente á preparar la unidad espiritual del linaje humano, más que por las artes de la conquista, por la comunidad de la ley” (*Historia de la poesía* I:11). Para el historiador español, el latín “vive vida inmortal, ya como segunda lengua adoptada por la Iglesia, ya transformada, pero siempre fácil de reconocer, en las lenguas y dialectos que hablan los herederos de la civilización romana” (*Historia de la poesía* I:12). El clasicismo hispanista se plantea así como un movimiento del espíritu, entre secular y cristiano, que es trascendental no sólo porque se trata de un sistema

⁶Sobre los paralelismos entre Nebrija y Menéndez Pelayo, Luis Jaime Cisneros afirma: “Humanistas los dos, extirpadores uno y otro de la barbarie en épocas en que podía temerse la caída ‘imperial’, distanciados sólo en la pasión famosa que tuvo por Juan de Mena el nebrisense y en el recelo con que lo leyó y quiso estudiarlo Menéndez y Pelayo, se unen –quinientos años después– en repetir una idea, que fué en Nebrija profecía espontánea” (574).

estético sino porque es el idioma de la civilización por excelencia, lo mejor de la tradición.⁷

En la época contemporánea a Menéndez Pelayo, dos lenguas podrían ostentar la condición de clásicas: “son las lenguas de los dos pueblos colonizadores que nos presenta la historia moderna” (*Historia de la poesía* I:12). La primera, encarna el espíritu germánico modificado por el protestantismo, la lengua inglesa; la otra, la española, recoge el genio de lo que Menéndez Pelayo define como “organicismo latino y católico” y representa al pueblo que mejor encarnó al imperialismo romano, en este caso España. En consecuencia, “América es ó inglesa ó española” (*Historia de la poesía* I:12). Ahora bien, como ha observado Alfonso García Morales, tal afirmación, por más solemne que parezca se construye con “el orgullo humillado, desde la melancólica consciencia de la decadencia española” (56). Pero si en términos políticos Menéndez Pelayo entiende el inevitable trabajo de la historia como una pérdida de la hegemonía política de España, desde una perspectiva cultural, el idioma castellano como toda lengua clásica ofrecía todavía a Menéndez Pelayo un destino imperial. Porque el tema de la independencia era algo que debía superarse; lo importante era la tradición clásica que el español, en su especificidad castellana, representaba (Lohmann Villena 74). Este fondo político de la propuesta cultural de Menéndez Pelayo ha sido captado de manera eficaz por Díaz Quiñones, quien afirma que el “libro-monumento de Menéndez Pelayo era un homenaje al Antiguo Régimen” (80), minimizando “la discontinuidad política y la diversidad cultural de las antiguas colonias” (81). La ruptura definitiva con las antiguas colonias, producto de la revolución emancipadora, fue a su vez una oportunidad para enfrenar una idea de cultura hispánica frente al avance cultural anglosajón de los Estados Unidos y “frente a la creciente importancia de Francia como modelo y como centro editorial” (Díaz Quiñones 81). Desde una noción imperial de la lengua, que postulaba una superioridad

⁷En este punto es evidente la conexión de las ideas de Menéndez Pelayo con el pensamiento de Hegel. Enrique Rivera de Ventosa afirma que si bien Menéndez Pelayo intentó distanciarse del pensamiento de Hegel, lo cierto es que “la gran visión de la historia hegeliana penetrará en su mente. La visión de la historia humana, que se desarrolla a lo largo de los siglos como una sociedad unitaria fue ponderada por Hegel y sus colegas románticos. Menéndez Pelayo, al recoger este legado, ha percibido que no era más que la secularización del gran pensamiento bíblico sobre la historia” (180). Navas Ocaña, por su parte, advierte que la influencia de Hegel está activa en la noción de clásico de Menéndez Pelayo: “El canon clásico funciona como un elemento de continuidad, propiciado incluso por las teorías de Hegel sobre el espíritu absoluto y por su definición de clasicismo como equilibrio de contrarios” (475).

histórica, ligada primero a la guerra contra los árabes y después a las conquistas americanas, Menéndez Pelayo no pudo ver en América una historia que no fuera un pálido reflejo de la historia española. El repertorio de autores americanos que reunirá en los cuatro tomos de la *Antología* funciona como una prueba de tal relación dependiente con España.

Ahora bien, al margen del anuncio de Menéndez Pelayo según el cual la *Antología* constituía la entrada oficial de la producción americana dentro de una historia literaria española de carácter ultramarino, lo cierto es que tal incorporación era condición esencial para pensar el propio destino de la literatura española como una expresión de civilización. En otras palabras, la anexión de la literatura americana más que un favor a los sistemas literarios de los nuevos países americanos, era una necesidad argumentativa para dotar de valor a la propia historia de la literatura española, que hasta ese entonces había sido representada por historiadores extranjeros, como Ticknor, como una literatura en decadencia. El corpus americano venía a suplementar al corpus metropolitano como una muestra evidente de que la experiencia colonial también afecta al sujeto colonizador. El proyecto de Menéndez Pelayo se plantea así como una nueva estructura de subjetividad imperial, basada esta vez, no en la espada ni en la evangelización, sino en la edificación simbólica de España como el espacio de la tradición y la autoridad cultural. La idea de una plenitud para la historia de la literatura española de Menéndez Pelayo, implicaba la necesidad del suplemento del corpus americano. Pero tal afiliación, a su vez, evidencia los límites que el sujeto imperial se impone. En este caso, la afirmación del castellano, una estética clásico grecolatina y el rechazo de toda diferencia cultural. Sin embargo, como ha explicado Jacques Derrida, el suplemento no es sólo un suplemento. El suplemento es condición de existencia de la plenitud.⁸ Si llevamos esta lógica deconstructiva a sus extremos, lo anterior equivale a decir que sin la incorporación de estos autores americanos “suplementarios” es imposible una historia de la literatura española. En otras palabras, si la anexión del repertorio americano permitía probar la condición imperial de la literatura española en términos de influencia política

⁸Sobre el concepto derridiano de suplemento, explica Nicholas Royle:

A supplement is at once what is added on to something in order further to enrich it and what is added on as a mere 'extra' (from the Latin for 'outside'). It is both 'a surplus, a plenitude enriching another plenitude', and it makes up for something missing, as if there is a void to be filled up: 'it is not simply added to the positivity of a presence . . . its place is assigned in the structure by the mark of an emptiness'. (48–49)

y cultural, es importante retener también que gracias a la apropiación de algunos autores de ese repertorio, Menéndez Pelayo logró cubrir algunos vacíos del propio archivo español. Por ejemplo, para tener una cabal argumentación de lo clásico helénico y latino como elemento esencial de lo español, Menéndez Pelayo inició, cuando aún era muy joven, su *Bibliografía hispano-latina clásica*, repertorio donde se incluyen muchos americanos que realizaron traducciones, estudios críticos o que acusan la influencia de autores latinos. Pero la presencia de autores americanos no sólo se reduce a esta compilación; también encontramos secciones sobre traductores americanos de Horacio en uno de sus primeros libros *Horacio en España*, así como incluye a muchos intelectuales americanos en su *Bibliografía hispanolatina clásica* (Lohmann Villena 83–85). De esta manera, para Lohmann Villena, Menéndez Pelayo demuestra dos cosas: la primera, una misión integradora entre españoles y americanos que trascendía a la política; la segunda, que la producción literaria americana tenía mayoría de edad (85). Mi argumento, agrega una tercera razón de orden práctico, y acaso más importante, como es el hecho de que esa incorporación permitía a Menéndez Pelayo cubrir áreas deficientes de la propia literatura española.

En efecto, la *Antología* exhibe un ejercicio de incorporación de autores y textos americanos al canon español, no tanto como una muestra de buena voluntad entre españoles y americanos, como expresa Lohmann Villena, sino porque estos autores y textos eran necesarios para completar el panorama de la historia literaria española, que para Menéndez Pelayo tenía dimensión trasatlántica. Tales son los casos de la recuperación de los textos de Balbuena o Ercilla, autores que son destacados como las cumbres de las literaturas mexicana y chilena, respectivamente, pero a la vez como autores también centrales para el siglo dieciséis peninsular. Al analizar unos versos de la *Grandeza mexicana*, por ejemplo, Menéndez Pelayo concluye que en Balbuena: “la glorificación de México y la apoteosis de España se confunden en los cantos del poeta, como el amor á sus dos patrias era uno sólo en su alma” (*Historia de la poesía* I:62). De esta forma, el español Balbuena era el “verdadero patriarca de la poesía americana y, á despecho de los necios pedantes de otros tiempos, uno de los más grandes poetas castellanos” (*Historia de la poesía* I:62). Así Balbuena no es sólo grande en América; gracias al proyecto de *Antología* de la Real Academia, Menéndez Pelayo se complace en “renovar su memoria, igualmente grata y gloriosa en ambos mundos” (*Historia de la poesía* I:62). El caso del mexicano Juan Ruiz de Alarcón, es simétricamente

opuesto al de Balbuena, y mientras este último puede pasar como “español-americano o americanizado . . . Ruiz de Alarcón ha de ser tenido como un americano españolizado” (*Historia de la poesía* I:62–63). De modo que si su obra no exhibía ese “color americano” que tan importante era para Menéndez Pelayo a la hora de definir el aporte de un autor a la *Antología*, Ruiz de Alarcón manejaba tan perfectamente el género dramático que lo hacía salirse de los marcos de la poesía colonial, por lo cual Menéndez Pelayo no dudará en llamarlo, junto al Inca Garcilaso, como los “verdaderos clásicos *nuestros* nacidos en América” (*Historia de la poesía* II:149; mi énfasis). Podríamos seguir con esta enumeración que incluye a autores como la misma Sor Juana Inés de la Cruz, pero el caso más claro de esta necesidad de la propia literatura peninsular de incorporar la obra de algún americano, nos lo ofrece la presencia del Inca Garcilaso en su monumental *Orígenes de la novela* de 1905.

Si entre la versión del apunte sobre Garcilaso de la *Antología* de 1894 y la de los *Orígenes* de 1905, no se aprecian numerosos cambios en el contenido general de la lectura de Menéndez Pelayo, los pocos cambios existentes muestran una mayor definición de los juicios del español, que en cierto sentido vienen bien con el nuevo contexto en que será incluida la obra del Inca. En otras palabras, si, por un lado, es evidente que el fragmento de 1905 es prácticamente el mismo que el de 1894, por el otro lado, se trata de un texto que ofrece una aproximación bastante distinta de la obra del Inca si la analizamos dentro del contexto de una narrativa fundacional, como son los *Orígenes*, para las letras españolas. En efecto, la reseña de la obra del Inca, será situada en el capítulo siete del primer volumen de los *Orígenes*, una sección dedicada a la novela histórica. Algo que salta a la vista en este capítulo es la presencia de muy pocas obras que Menéndez Pelayo estime de valor. El siglo quince, por ejemplo, estará marcado en la narrativa del historiador español por la presencia, y en cierto sentido, omnipresencia del texto de Pedro del Corral, *Crónica del Rey Don Rodrigo con la destrucción de España*, texto del cual se derivarán muchas otras narrativas ficcionales, pero que no alcanzarán su calidad. A su vez, la narración de del Corral no será más que “una amplificación monstruosa y dilatadísima del libro de Rasis,” *La crónica del moro Rasis* (*Orígenes* CCCLV). Para Menéndez Pelayo, la novela “solo empieza cuando un elemento puramente fabuloso y de invención personal se incorpora en la antigua tradición épico-histórica” (*Orígenes* CCCLII). Esta invención, como se desprende de las dos citas anteriores, era una fabulación colectiva, que en cierto sentido sólo del Corral logró dotarle

de una singularidad de estilo: “Lo que hizo del Corral, que era hombre de ingenio y cierta amenidad de estilo, fue aderezar el cuento de los amores de la Cava con todo género de atavíos novelescos: coloquios, razonamientos, mensajes, cartas y papeles, que fueron después brava mina para los autores de romances y aun para los historiadores graves” (*Orígenes* CCCLIX). De aquí que podamos deducir su definición de novela histórica como una narrativa que toma un argumento histórico ya bastante trabajado por diversos narradores anónimos y orales, para ser revestido con lo que Menéndez Pelayo llama, en la cita anterior, “atavíos novelescos.”

Si la *Crónica de Don Rodrigo* de Pedro del Corral es la única novela histórica de la Península en el siglo quince, “[p]ocas, pero muy notables, manifestaciones tiene la novela histórica en el gran cuadro literario del siglo XVI” (*Orígenes* CCCLXIV). Estas notables manifestaciones, incluyen a fray Antonio de Guevara y su *Libro Áureo del emperador Marco Aurelio*; Ginés Pérez de Hita y su *Guerras civiles de Granada*; y al mestizo cuzqueño Garcilaso de la Vega y su *Comentarios reales*. Finalmente, para tener una idea completa del trazado cronológico de Menéndez Pelayo, existe según él un paréntesis entre estas obras del dieciséis y las del siglo diecisiete, las cuales si bien ya no entran en los márgenes temporales de su estudio, tampoco ofrecen la calidad literaria necesaria para ser incluidos: “La literatura pseudo-histórica del siglo XVII . . . no nos incumbe en su mayor parte, tanto porque traspasa el límite cronológico que en este trabajo nos hemos impuesto, cuanto por la falta de imaginación y de sentido literario que sus autores mostraron” (*Orígenes* CCCXCII).⁹

No es gratuito, sin embargo, que la obra del Inca Garcilaso aparezca al lado de la Pérez de Hita. Son autores que representan la conquista de la otredad. En el caso de Pérez de Hita se trata de la otredad morisca; en el caso de Garcilaso de la incaica. Que esa representación de la otredad sea interpretada como literaria por Menéndez Pelayo encierra un problema más complejo aún, porque afirma que el historiador no acepta la posibilidad de verdad que plantean en sus obras tanto los enunciados de Pérez de Hita sobre la sociedad granadina anterior a la “reconquista” española, como la representación de lo incaico

⁹En general, el límite cronológico de los *Orígenes de la novela* es la obra de Cervantes, de quien no escribirá. En otras palabras, este libro de Menéndez Pelayo traza los antecedentes de la obra del autor del Quijote, llegando incluso a tratar de la novela pastoril, analizando las condiciones que hicieron posible la aparición de la Galatea. Desde esta perspectiva, Cervantes marca un antes y un después de la novela española.

del mestizo cuzqueño. Lo que no acepta Menéndez Pelayo como un enunciado de verdad es la posibilidad de civilización alcanzado por el Otro, que tanto Pérez de Hita como Garcilaso nos presentan en sus obras. Del primero, por ejemplo, dice: “La mayor originalidad del libro de Pérez de Hita consiste en ser una crónica novelesca de la conquista de Granada, tomándola no desde el real de los cristianos, sino desde el campo musulmán y la ciudad cercada.” Desde una perspectiva musulmana entonces,

Los moros de Ginés Pérez de Hita, galantes, románticos y caballerescos . . . respondían a una generosa idealización que el pueblo vencedor hacía de sus antiguos dominadores, precisamente cuando iban a desaparecer del suelo español las últimas reliquias de aquella raza. Moros más próximos a la verdad hubieran agradado menos, y el éxito coronó de tal modo el tipo creado por Ginés Pérez de Hita y por los autores de romances moriscos, que se impuso a la fantasía universal. (*Orígenes* CCCLXXXVI)

En esta evaluación final de la obra de Pérez de Hita, no importan las consideraciones que el mismo Menéndez Pelayo atribuyera como históricas, páginas atrás, para este autor; es decir, el hecho de que Pérez de Hita utilice como marco de su narración cuestiones históricamente aceptadas por Menéndez Pelayo, la citación de romances y textos históricos coetáneos a los hechos que narra, e, incluso, “el conocimiento geográfico que adquirió del país cuando anduvo por él como soldado contra los moriscos” (*Orígenes* CCCLXXXI). En resumen, lo que hace Menéndez Pelayo es desechar todas estas consideraciones que presentarían a Pérez de Hita como un conocedor más personal de la sociedad morisca y el grado de sofisticación y valentía de su gente, para asumir la argumentación de la “generosa idealización” del autor español, con el objetivo de circular una idea de lo moro como algo exótico y positivo. La visión positiva de la sociedad musulmana, para Menéndez Pelayo, tenía su base en una virtud del espíritu de Pérez de Hita que se correspondía con la caridad cristiana.

Para el caso de la obra del mestizo Garcilaso, Menéndez Pelayo ofrece una argumentación semejante. Mientras el tratamiento del Otro musulmán como un sujeto civilizado responde a una idealización del espíritu generoso de Pérez de Hita, la idealización de la sociedad incaica, gobernada por “una especie de teocracia filosófica,” según Menéndez Pelayo, no había nacido “de una abstracción filosófica, sino de tradiciones oscuras que indeleblemente se grabaron en una imaginación rica, pero siempre infantil” (*Orígenes* CCCXCII). Estas tradiciones oscuras, a las que se refiere el historiador español, apuntan al lado indígena del Inca, quien si bien tenía una educación clásica y

había vivido la mayor parte de su vida en Córdoba, en “la ingenuidad del sentimiento y la extraordinaria credulidad, conservaba mucho de indio” (*Orígenes CCCXCI*). Las citas anteriores son nuevas, en relación al fragmento de 1894, lo cual hace interesante notar que para 1905 Menéndez Pelayo había repensado un poco más sus calificativos sobre el aspecto indígena del Inca. En cuanto a la evaluación de la obra del Inca, el apunte de 1905 es mucho más específico, porque se enfoca como análisis de los *Comentarios reales*, mientras la nota de 1894 califica por momentos a toda la obra del Inca. El caso de la *Traduzion del Indio de los Diálogos de amor*, en 1894 este texto destacaba por la gallardía de la prosa frente al desaliño del original italiano; en 1905, “sus dotes de excelente prosista campean ya en la valiente versión que en 1590 publicó de los célebres *Diálogos de amor* de León Hebreo” (*Orígenes CCCXCI*). Más aún, para el apunte de 1905, afirmará sin mucha ambigüedad que el original italiano era traducción de “un original español perdido” (*Orígenes CCCXCI*). Y en el caso de la autoridad histórica del Inca, que para 1894 andaba por los suelos, en el texto de 1905 Menéndez Pelayo será más cauto, pues preferirá decir que la autoridad del Inca “ha decaído mucho entre los críticos modernos” (*Orígenes CCCXCI*).

Importa destacar sí que la tropología de lo indígena se presenta mejor desarrollada en el apunte de 1905, como resultado del énfasis que Menéndez Pelayo pondrá en los aspectos de la persona biográfica del Inca. Por ejemplo, al comparar la idealización de Pérez de Hita con la idealización operada en los *Comentarios*, Menéndez Pelayo resaltarán que no sólo lo “pintoresco y raro de su contenido,” sino también la persona biográfica del Inca, habían permitido el éxito de su obra: “Garcilaso era el primer escritor americano de raza indígena que hacía su aparición en la literatura española” (*Orígenes CCCXC*). Este énfasis en la raza, tiene como propósito descubrir de manera inequívoca la fuente de la idealización del Otro incaico como una sociedad civilizada, gobernada por una teocracia filosófica. Esa fuente se encuentra en la rica imaginación indígena, ingenua de sentimiento y extraordinaria en la credulidad. Estos tropos se refuerzan aún más con la idea del infantilismo indígena, tan importante en las discusiones sobre el estatuto de humanidad de las sociedades indígenas en el siglo dieciséis. De esta forma, para probar el carácter ficticio de la organización racional incaica que se retrata en los *Comentarios*, Menéndez Pelayo cambia el énfasis de su interpretación de la persona biográfica del Inca Garcilaso, quien en 1894 aparecía más como un mestizo, definido por su educación española y su catolicismo. En 1905,

en cambio, Menéndez Pelayo vuelve a las coordenadas de la interpretación de Prescott, quien en 1848 había organizado su interpretación sobre la obra del Inca en torno a las derivaciones de una tropología racista de lo indígena.

El lugar de la obra del Inca Garcilaso en el proyecto histórico de Menéndez Pelayo nunca fue estable ni unidireccional. En primer lugar, la obra de traductor del mestizo cuzqueño le fue esencial para argumentar su propia definición de literatura española, la cual en su perspectiva tenía un origen clásico grecolatino. En esta dirección, la apropiación para el canon español de la su traducción de los *Diálogos de amor*, el texto neoplatónico más importante del siglo dieciséis, se revela más que como un suplemento del corpus existente como un texto fundante del mismo. En función de su proyecto hispanista, el Inca Garcilaso es un escritor puente para la literatura peninsular y la americana, imprescindible para su programa de restauración imperial en el campo de la cultura, además de ser uno de los ejemplos más potentes del énfasis con que Menéndez Pelayo argumentó la necesidad de la inclusión de la época colonial a las literaturas nacionales, lo cual permanece como su aporte más claro en términos de historia literaria. Como autor español, la obra del Inca es una necesidad para completar el cuadro histórico sobre el origen de la novela histórica en España, aquella referida a sus conquistas en Ultramar.

Portland State University

OBRAS CITADAS

- Cisneros, Luis Jaime. "El Perú en la antología americana de Menendez Pelayo." *Mercurio Peruano* XXVII.346 (1956): 571–88. Impreso.
- Degiovanni, Fernando. *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Viterbo, 2007. Impreso.
- Díaz Quiñones, Arcadio. *Sobre los principios. Los intelectuales caribeños y la tradición*. Buenos Aires: U Nacional de Quilmes, 2006. Impreso.
- Díaz-Caballero, Jesús. "Nación y patria: las lecturas de los *Comentarios reales* y el patriotismo criollo emancipador." *Revista de crítica literaria latinoamericana* 59 (2004): 81–108. Impreso.
- Eipper, John E. "The Canonizer De-Canonized: The Case of William H. Prescott." *Hispania* 83.3 (2000): 416–27. Impreso.
- Flores Galindo. *Buscando un Inca: identidad y utopía en los andes. Obras completas III*. Lima: Sur, 2005. Impreso.
- . "Túpac Amaru y la sublevación de 1870." *Túpac Amaru II–1780*. Ed. Alberto Flores Galindo. Lima: Retablo de Papel, 1976. 269–323. Impreso.
- García Izcazbalceta, Joaquín. *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Primera parte. Catálogo razonado de los libros impresos en México de 1539 a 1600*. México: Francisco Díaz de León, 1886. Impreso.

- García Morales, Alfonso. "De Menéndez Pelayo a *Lawrel*. Antologías de poesía hispanoamericana y de poesía hispánica (1892–1941)." *Los museos de la poesía. Antologías poéticas modernas en español, 1892–1941*. Ed. Alfonso García Morales. Sevilla: Alfar, 2007. 41–209. Impreso.
- González Echevarría, Roberto. *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative*. Durham: Duke UP, 1990. Impreso.
- Guzmán Moncada, Carlos. *De la selva al jardín: Antologías poéticas hispanoamericanas del siglo XIX*. México: U Autónoma de México, 2000. Impreso.
- Kagan, Richard. "Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain." *Spain in America: The origins of Hispanism in the United States*. Ed. Richard L. Kagan. Urbana and Chicago: U of Illinois P, 2002. 247–76. Impreso.
- Lohmann Villena, Guillermo. *Menéndez Pelayo y la hispanidad*. Madrid: Rialp, 1957. Impreso.
- Macchi, Fernanda. *Incas ilustrados. Reconstrucciones imperiales en la segunda mitad del siglo XVIII*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt: Vervuert, 2009. Impreso.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de las ideas estéticas en España*. Tomo II. Madrid: Pérez Dubrull, 1884. Impreso.
- . *Antología de poetas hispano-americanos*. Tomo III. Madrid: Rivadeneyra, 1894. Impreso.
- . *Orígenes de la novela*. Tomo I. Madrid: Bailly Ballière, 1905. Impreso.
- . *Historia de la poesía hispano-americana*. Tomos I y II. Madrid: Suarez, 1911. Impreso.
- Navas Ocaña, Isabel. "Menéndez Pelayo, teórico y crítico literario. Una revisión en el umbral del nuevo milenio." *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* LXXVI (2000): 469–512. Impreso.
- Prescott, William H. *History of the Conquest of Peru*. Tomo I. 1847. New York: Harper, 1848. Impreso.
- Riva-Agüero y Osmá, José de la. *Carácter de la literatura del Perú independiente. Obras completas*. Tomo I. Lima: Pontificia U Católica del Perú, 1962. Impreso.
- Rivera de Ventosa, Enrique. "Filosofía de la historia en Menéndez Pelayo." *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* LXI (1985): 173–200. Impreso.
- Rowe, John Howland. "El movimiento nacional inca del siglo XVIII." *Túpac Amaru II-1780*. Ed. Alberto Flores Galindo. Lima: Retablo de Papel, 1976. 11–66. Impreso.
- Royle, Nicholas. *Jacques Derrida*. London y New York: Routledge, 2003. Impreso.
- Zavala, Iris. "El Inca Garcilaso en las utopías revolucionarias." *Crítica y descolonización: El sujeto colonial en la cultura latinoamericana*. Ed. Beatriz González Stephen y Lúcia Helena Costigan. Caracas: Equinoccio U Simón Bolívar, 1992. 219–28. Impreso.